



Proyecciones de la silla C en la Academia Panameña de la Lengua¹

POR MARGARITA VÁSQUEZ QUIRÓS

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

Señoras y señores:

En nombre de la Academia Panameña de la Lengua doy la bienvenida al académico de número D. Rodolfo de Gracia Reynaldo, hombre del siglo XXI, constructor de sugerencias y estímulos y mundos que luchan por afincarse en una realidad como la nuestra, cada día más complicada y efímera. De naturaleza juiciosa y tranquila, un empeño propio del preceptor metódico lo ha llevado a extender el conocimiento de la lengua española a diversos sectores y ambientes. Agradezco que se me permitiera recibirlo como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua porque Rodolfo de Gracia ha demostrado durante muchos de sus pocos años una firme decisión de formarse para trabajar en el cuidado y defensa de la lengua española con inteligencia despierta que, a partir de hoy, multiplicará desde el sitio de honor que le corresponde ocupar: la silla C.

¹ Discurso de bienvenida a D. Rodolfo de Gracia Reynaldo como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua. Panamá, 12 de febrero de 2009.

Con esta ceremonia de recepción que legitima la elección que tuvo lugar el 8 de mayo del 2008, además, la Academia Panameña gana en tamaño y capacidad de trabajo. A partir de hoy, esta institución hace válida la existencia de trece sillas pertenecientes a trece académicos numerarios que en conjunto la conforman.

Invito a los presentes a pensar conmigo en la función que cumple la más pequeña de las academias de la lengua con respecto a la totalidad de estas, que se agrupan en la Asociación de Academias de la Lengua Española. No me refiero a la función particular de cada académico, que puede variar y, en efecto, varía. Tampoco, por la misma razón, en la que le corresponderá ejercer a D. Rodolfo de Gracia, quien es hoy el motivo de nuestra reunión, sino en la entidad académica panameña como tal y en su relación con las otras academias.

La realidad tangible (no digamos hispánica sino global) es y no es similar. Ubicados en este momento y en este espacio panameños, me pregunto nuevamente (porque ya lo hice antes) si ya nos ha alcanzado el tiempo terráqueo, si ya han surtido su efecto generalizador las computadoras, los celulares y la red informática mundial. Me contestaba a mí misma entonces (y hoy respondo de igual manera) que América (en sentido más estricto Panamá) sigue siendo el espacio en el que se encuentra un camino hacia todos los tiempos y todas las épocas. Esto, tal vez no lo comprenda el transeúnte, impresionado por las moles gigantescas de los rascacielos que se multiplican en la capital enmarañada. Pero en esta nueva «Castilla del Oro»,² que es el Istmo, hay muchísimos caminos que parten de las dos rutas

² Aludo a la proliferación de empresas que profanan esta tierra en busca de oro en la actualidad.

imaginadas por Rogelio Sinán:³ la vegetal, que corre a lo largo de la República, y la mineral, que atraviesa el Istmo de norte a sur o viceversa. Por esos caminos podemos ir entrando, poco a poco, para encontrarnos, tal vez abruptamente, con edades sin memoria.

La función primordial que nos incumbe a las academias en un espacio y un tiempo como el que vivimos aquí es la de reflexionar y actuar en común en lo relacionado con nuestra lengua. Una índole panistmeña y panhispánica debe caracterizarnos. Un acuerdo básico sobre los modos como son expresadas (en general) y explicadas lingüísticamente estas realidades disímiles, porque esos modos y su explicación nos dirán cuáles son las situaciones que enfrentamos y con qué palabras o discursos se les nombra, qué es lo que vale la pena conservar para mantener una base lingüística común y qué ha perdido vigencia, o si es que andamos buscando nuestra propia expresión y nuestra propia lectura del mundo. Asumir las decisiones académicas requiere de esta reflexión, que sustentará una consulta interna sobre el *Diccionario [académico] de americanismos*, el *Diccionario de la Real Academia Española*, el *Diccionario panhispánico de dudas*, la monumental *Nueva gramática*, la *Ortografía*, tan generalmente consultada, y las preguntas que hace el público, aspirante siempre a una apreciadísima corrección.

Todo lo anterior sin olvidar que tras las palabras están las intenciones, los valores, la solidaridad y la expresión despectiva o el desprecio, la publicidad, la salud, la pérdida de la naturaleza y del agua, de qué vivimos, la proporción justa del modo como se reparten los panes, por qué nos invaden las voces

³ Me refiero al ensayo «Rutas de la novela panameña» en *Letras de Panamá*, año I, diciembre de 1957.

inglesas, el incremento de nuestra presencia en la red y, sobre todo, la percepción de cómo anda el aprendizaje del español en nuestras escuelas. Este último es también un tema panhispanico que convoca en la actualidad, gracias a las gestiones del incansable D. Humberto López Morales y a la fundación Comillas, el pensamiento y la acción de investigadores experimentados en toda América.

El Ministerio de Educación no debería nunca tomar a la ligera la formación de los educadores en lo que respecta a la lengua madre. Se equivocan quienes piensan que llegó la hora de la computadora y que basta domeñar la forma orográfica y corregir «errores» para pensar bien. Estoy de acuerdo con que en educación son valiosos los instrumentos para el aprendizaje llamados TIC (por las siglas en inglés, tecnologías de la información y la comunicación). Pero se debe comprender que son instrumentos para comunicar algo que, en educación, no siempre serán imágenes sino, más bien, discursos. Con estos pasamos por completo de la era de la enseñanza a la del aprendizaje individual y colaborativo porque tanto el educador como el estudiante tendrán que construir el conocimiento que antes se les hacía ver con los ojos del maestro en todas las asignaturas. Esta construcción solamente se logra si se dominan las herramientas que provee la lengua madre. El maestro debe haber comprendido que existen un orden lingüístico, un orden discursivo y un orden del mundo que organizan la coherencia. Y que sin la percepción de ese ordenamiento múltiple los alumnos y ellos mismos no aprenderán a pensar ordenadamente ni a comprender mejor lo que leen o estudian ni a expresarse con coherencia. Por lo tanto, no construirán ningún conocimiento válido. En el Ministerio de Educación debe llevarse a la acción un proyecto superior que incluya a los que saben sobre el tema y

abandonar las improvisaciones antes de hacer erogaciones millonarias.

Lo que he enumerado no son asuntos de competencia ajena. Todo se expresa con palabras y nos incumbe a los académicos, y finalmente, a los panameños. Lo que digamos al respecto de tales asuntos no solamente definirá nuestras infinitas realidades, sino que reflejará la imagen académica en un enorme espejo público.

Lo que quiero decir (aunque parezca que no) es que el sitial que ocupa D. Rodolfo de Gracia Reynaldo a partir de esta noche no solamente es de honores sino de inmensas obligaciones y de entregas. Si yo fuera la posesora Casandra y pusiera en función aquel don adivinatorio, auguraría reconocimientos y respeto público, pero, también esfuerzos, investigaciones, actividades, ocupaciones, tareas sin descanso. Para describir con propiedad lo que vería volteo hacia atrás las hojas del calendario. No lo hago para sufrir un desgarrado desencanto como el de Orfeo tras la pérdida de su Eurídice, porque, finalmente, lo traicionó su propia mirada transgresora. Tampoco para solazarme como el ángel de la Historia con la vista del pasado. No. Me sitúo en la trayectoria del tiempo y busco los momentos iniciales de la Academia Panameña para proyectarlos hacia el futuro.

Señores:

Al nuevo académico de número le corresponde la silla C, ocupada por personalidades máximas de la cultura panameña desde 1926, año de fundación de la Academia Panameña de la Lengua.

El 13 de mayo de 1926 ingresó y tomó posesión de la silla C nuestro gran poeta, cuentista y novelista D. Ricardo Miró,

quien era, además, miembro fundador. Ocupó por catorce años la secretaría vitalicia hasta el 2 de marzo de 1940, fecha de su muerte. Dejó a los panameños una obra sólida en la que brilla el poema *Patria*, permanentemente presente en la memoria afectiva y literaria de este pueblo, como reconocemos todos. Erasto Antonio Espino Barahona, intelectual panameño egresado de nuestra universidad y doctorado en Colombia, le dio la categoría de «texto canónico que encarna [...] el paradigma de lo fundacional [...] que remite a los textos que sostienen, legitiman y reproducen la visión de mundo del grupo social o del conglomerado nacional».⁴ Tras los versos de Ricardo Miró los panameños organizamos nuestra propia percepción del mundo durante el siglo XX. Su hijo, Rodrigo Miró, en su discurso de ingreso («Patria en su contexto histórico») en 1978 explicaba que antes de viajar en 1909 a Barcelona, en donde escribió el poema *Patria*, Ricardo Miró se encontraba agraviado por lo que escuchaba decir sobre la independencia panameña. Aristides Martínez lo expresa así: «... el poeta que escribe *Patria* es un panameño no solo nostálgico sino, sobre todo, un panameño sentido por el ultraje a su honor nacional».⁵ Con respecto a lo que he dicho, solamente les pido que se verifiquen la función de la literatura y de los buenos lectores.

El 12 de abril de 1943 ingresó a la Academia D. Enrique Ruiz Vernacci, activo profesor, escritor y crítico literario, quien ocupó la silla C y asumió la responsabilidad de la secretaría

⁴ «*Patria*, de Ricardo Miró o el país como memoria afectiva». Ponencia presentada en el Coloquio Internacional de Literatura Hispanoamericana y Axiología celebrado en la Universidad de la Sabana (Colombia) del 20 al 23 de septiembre de 2004.

⁵ «La identidad nacional en la poesía panameña» en *Tareas*, n.º 113, enero-abril de 2003.

perpetua por ausencia indefinida del Dr. José de la Cruz Herrera hasta la muerte en 1964 del insigne patricio. En aquel año, precisamente, publicó Ruiz Vernacci en la *Biblioteca Selecta* n.º 3, dirigida por Rogelio Sinán, su «Introducción al cuento panameño». En ese trabajo se refiere a los cuentos de Ricardo Miró publicados en *El Heraldo del Istmo*, revista dirigida por Guillermo Andreve, y en *Nuevos Ritos*, dirigida por el mismo Miró. Estos cuentos y otros serían reunidos en una antología por el escritor Mario Augusto Rodríguez en 1956.⁶ Expresaba Ruiz Vernacci: «Hay en Miró siempre una imaginación despierta, una facilidad para encontrar la bella frase sorprendente» y más adelante se lamenta porque «quizá, en Ricardo Miró se perdió un gran cuentista». Lo importante de esta historia que organizo es la percepción del mundo de las palabras y sus consecuencias, y el diálogo que íbamos logrando.

En 1964 fue nombrado académico de número nuestro ilustrísimo «padre de las letras panameñas» Rogelio Sinán, quien llenó de gloria y de alegría la Academia desde el mismo noble asiento C. En una entrevista publicada por *Tragaluz* decía D. Jorge Conte Porras: «Nos parece que el legado más importante que nos dejó Rogelio Sinán fue su devoción por las manifestaciones de la cultura, su consagración constante por el estudio metódico, su convicción de que no existe nada que pueda perdurar que no sea el resultado de un trabajo intenso».⁷ El 4 de octubre de 1994, fecha de su lamentada muerte, quedó vacante la silla C por quince años hasta *el día de hoy*.

⁶ *Estudio y presentación de los cuentos de Ricardo Miró*.

⁷ «Rogelio Sinán, un recuerdo personal» en www.tragaluzpanama.com, 2006.

Ricardo Miró, Enrique Ruiz Vernacci y Rogelio Sinán cubrieron una etapa equivalente a un poco menos de tres cuartos del siglo XX dentro de la Academia Panameña de la Lengua. En ese período realizaron una nutrida búsqueda del alma panameña íntimamente enlazada a las palabras y las cosas que son nuestras porque nos hablan, nos comunican algo, se dan a entender, se dejan oler o saborear, se les oye reír o maldecir en una percepción colectiva, común, enlazada o retorcida, que nos identifica. Dicho de otro modo, estos distinguidos académicos, con una capacidad extraordinaria, habían hecho literatura y continuaron viviendo la literatura desde la Academia. Esto constituye un reto para nuestro joven académico, quien reunió sus primeros ensayos en el libro *Poética e idiosincrasia en seis escritores panameños*, en 2000. Y, en 2007, publicó *Poesía, narrativa y reflexión*, también libro de ensayos, en cuya contraportada, Enrique Jaramillo Levi, Yolanda Hackshaw e Irina de Ardila destacan, entre otros aspectos, el conocimiento y el acervo cultural, la inteligencia y la precisión. Pero me interesa notar lo siguiente: el último de los ensayos de este libro de de Gracia se titula: «Rogelio Sinán: una poesía siempre vigente». Allí se le rinde homenaje al preclaro maestro con respeto y admiración, y, en definitiva, se establece un vínculo con el poeta, cuentista, novelista, dramaturgo y ensayista que trazó con líneas cruzadas las «Rutas de la novela panameña» en 1957, D. Rogelio Sinán.

En 2006, de Gracia publicó el libro de cuentos *Me basta una sola vida*, «quizá para confesarnos que todo lo que debemos ver, o todo lo que podemos decir, es bueno que lo hagamos ya», según expresa el escritor Ariel Barría Alvarado en el «Prólogo». En esa línea, poco después de finalizados sus estudios en la Escuela de Lexicografía de la Asociación de Academias de la

Lengua Española, publicó el *Rumbo de nuestras palabras*. En la «Introducción», decía yo:

Dos acciones de alto significado se desprenden de la publicación de *El rumbo de nuestras palabras*: por un lado, una clara intención por parte del autor de asegurar las bases de un movimiento dirigido a la revisión científica del uso del español en Panamá dentro del espíritu panhispánico que guía hoy los estudios de lexicografía hispánica; y, por el otro lado, la voluntad de la Academia Panameña de la Lengua de abrir el espacio (que había estado clausurado) al examen de nuestras particularidades lingüísticas en el cumplimiento de su misión.

Ambas intenciones se relacionan con ocupaciones que configuran los atributos que reúne el nuevo académico: es experto corrector de pruebas, y como elemento sobreañadido destaco su relación con el lenguaje y la enseñanza. Es esta una función de primerísima importancia en todas las épocas por las mismas razones que antes he invocado. D. Salvador Gutiérrez Ordóñez, cuyo hermoso discurso de ingreso a la Real Academia Española (2008) giró alrededor del vínculo entre lenguaje (digamos gramática) y educación, decía allí que «el lenguaje, por su extensión, por su profundidad, por su variedad, por sus relaciones con todas las ramas del conocimiento y con el hombre mismo... es un inmenso océano que siempre ha necesitado de la ayuda de otros ojos para poder ser contemplado».⁸ D. Rogelio Sinán y D. Enrique Ruiz Vernacci, como un buen número de académicos prestaron sus ojos a la juventud (y siguen prestándolos) para ponerla en contacto con el inmenso mar del conocimiento y la cultura.

Este acto de hoy muestra que la Academia Panameña de la Lengua tiene la decisión y la fuerza para cumplir con las

⁸ «Del **arte gramatical a la competencia comunicativa**». Discurso leído el día 24 de febrero de 2008 en su recepción pública en <http://www.rae.es>.

solicitudes de la época, porque estoy segura de que nunca antes hubo en las academias de la lengua tanta efervescencia del conocimiento lexicográfico, gramatical, discursivo, ortográfico, de respuesta a las dudas, como en este tiempo.

Es, entre otras muchas, una tarea ingente que en Panamá se ha cumplido gracias a la dirección de D. José Guillermo Ros-Zanet con el apoyo de la Asociación de Academias de la Lengua Española y de los becarios del programa de becas para hispanoamericanos en las academias correspondientes de la Real Academia Española, auspiciado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y la fundación Carolina.

Con tanto trabajo por delante, hay que celebrar la renovación de la silla C. Hay que alegrarse porque ha vuelto en sí para servir al trabajo dedicado, serio y constante, ocupada por un hombre sonriente pleno de proyectos y entusiasmo. Según mi parecer, es un modo de evocar y convocar a Miró, a Ruiz Vernacci, a Sinán, y, con ellos a todos los académicos que nos precedieron. Ellos no deberán nunca y en ningún ámbito, ser olvidados por los panameños.

Muchas gracias.